



Voces sin palabras

JOAQUÍN ARAÚJO

“Cansado de todos los que llegan con palabras,
palabras pero no lenguaje,
parto hacia la isla cubierta de nieve.
Lo salvaje no tiene palabras.
Las páginas no escritas se ensanchan en todas
direcciones.
Me encuentro con huellas de pezuñas de corzo
en la nieve.
Lenguaje pero no palabras”.

Tomas Transtomer

“Allí donde vosotros oís el canto de los pájaros yo escucho palabras”

San Francisco de Asís

Lo viviente se expresa de tantas formas que jamás llegaremos ni siquiera a imaginarlas. Para algunos, como el que esto escribe, expresa incluso buena parte de las impresiones que pretendo comunicar. Aunque apenas tenidos en cuenta existen, en efecto, otros muchos lenguajes. Pero lo que acaso menos aceptamos es que todavía nos faltan la mayor parte de las palabras. No nos han nacido todavía los términos para que nuestro lenguaje aprecie y sea consecuente con la infinita variedad de los otros seres vivos. Hay una evidencia que lo confirma: solo hemos bautizado al diez por cien de lo que goza de vida en este planeta. Esto quiere decir –de acuerdo con los expertos en multiplicidad vital– que todavía habrá que poner en circulación unos 20 millones de palabras para tan solo incorporar al diccionario a otras tantas realidades existentes en los cinco reinos de la vida. Pero algún día, muy lejano, necesitaremos muchos más términos, todavía, para describir sus formas, movimientos y por supuesto los lenguajes de todos los aún no nombrados. Tarea de siglos, por tanto. De ahí que aquí y ahora no pretenda más que proponer un ir dando nombre a unas pocas voces de la vida espontánea que aunque casi todos los escuchamos con frecuencia no podemos identificarlos a través de lo que más a menudo usamos para ese fin, es decir con una palabra concreta.

Lo primero que destaca de tal carencia es la enorme distancia que todavía media entre lo que está ahí y lo que somos capaces de reconocer. Porque solo vemos y oímos lo que cuenta con una palabra para su identificación. Pongamos un ejemplo, muy extremeño por cierto: en nuestras dehesas contamos con hasta 150 especies de hierbas en superficies de unos pocos metros cuadrados, incluso en lo que sombrea el vuelo de una sola encina. Aunque todas tienen nombre, al menos científico, solo el, 0,1% de la población es capaz de distinguir –siempre a bordo de su nombre, a unas pocas. Como mucho separará tréboles –tenemos centenares de variedades– de gramíneas, crucíferas... todas ellas calladas incluso para nuestros ojos porque no sabemos como se llaman. De ahí que una parte de lo que este escritor pretende, prácticamente desde que se le publicó el primero de los miles de artículos que ha tenido la suerte de dar a luz, sea una suerte de alfabetización. Para que sean, insisto, reconocidas y por supuesto tenidas en cuenta las otras formas de vida e incluso sus lenguajes.

Cabe, como en casi todo, la postura contraria. La que, por ejemplo, mana de estos versos de Antonio Colinas que, por cierto, es un buen conocedor de los elementos naturales y desde luego un encendido defensor de la vivacidad.

*“Casi todas las cosas, desde hoy,
serán más bellas sin esa cadena
de la palabra que define y ata,”*

Personalmente todo me parece más hermoso y cercano cuando conozco su nombre. Permítaseme, en cualquier caso, que para explicarme mejor dé un rodeo autobiográfico.

Le debo tanto al canto de los pájaros que intento corresponder de alguna forma. Todo comenzó –y cambió– al incorporarme en 1968 a la SEO (Sociedad Española de Ornitología). Mi apetito de conocimientos alcanzó tal voracidad que nunca más, ni antes ni después, ha vuelto a estimularme en tal medida. Ya nunca he querido aprender tanto y tan a prisa. Conseguí distinguir a todas nuestras especies de aves y nombrarlas –en español y en latín– en menos de una semana. Son casi 400. Imaginen las veces que en esos pocos días pasé las páginas de mi primera guía de campo: del famoso Peterson, del que se han vendido, en Europa, unos 10 millones de ejemplares en 50 años. Es más la ornitología resulta la ciencia con más practicantes, casi todos ellos entusiastas. Pero saber el nombre de unos centenares de especies es bien poco.

Un par de años más tarde, y de la mano del catedrático de Biología Francisco Bernis, comenzamos la descomunal tarea de iniciar el atlas de las aves de España. Algo imposible sin la oportunidad, eficaz y eficiente, que brinda el poder reconocer a las aves por su canto. Comencé a aprenderlos y en ello continué. Es más, raro es el día que no grabo algún pío para apoyarme en él durante algunos de mis programas de radio.

Por si lo que acabo de narrar no fuera suficiente, añado que al canto de las aves debo la totalidad de mi carrera cinematográfica. Es decir, que he podido escribir 340 guiones de documentales y realizar, presentar, dirigir y presentar buena parte de ellos al hecho de que Félix Rodríguez de la Fuente

me contrató, tras ser ya su colaborador como redactor de enciclopedias, para supervisar las bandas sonoras de ambiente de sus películas. Vamos que por unos y otros motivos he escuchado miles de horas de sonidos naturales, he grabado algunos cientos y he sonorizado un buen puñado de películas.

Pero vuelvo al desencadenante de este texto. La consulta de uno de los seguidores de uno de mis programas de RNE es la responsable. Esa persona preguntó, en concreto, si existía un término para denominar al variado repertorio sonoro de las gaviotas. Y lo cierto es que no existe en nuestro léxico palabra alguna para esa emisión. Solo contamos, es más, con palabras para designar las voces de unas pocas decenas de especies. Al parecer no mucho más del uno por mil de las que emiten algún sonido con rasgos propios. Panorama que me convence de que el asunto es merecedor de la atención de esta Academia y, por supuesto, de todos los que afortunadamente comprendemos que no estaría mal seguir bautizando a la realidad que nos circunda.

No puedo dejar en el tintero el hecho de que el desaparecido y mencionado catedrático de cordados de la Complutense de Madrid culminó, en el campo del léxico, lo que podemos acaso emparentar con lo que aquí se pretende. Es decir, la recopilación de las denominaciones que las aves reciben por parte de la cultura rural de todas las regiones españolas. Su obra *Diccionario de Nombres Vernáculos de Aves*, aporta un imprescindible inventario de los muchos apelativos diferentes que reciben toda suerte de pájaros. Pero, insisto, no sucede así con sus cantos, gritos, reclamos.

Los seres vivos, aunque es mucho mayor el porcentaje que usan vías químicas para comunicarse, ciertamente emiten sonidos con claro valor de mensaje y, sin la menor duda, con algunos significados absolutamente cruciales para sus funciones vitales básicas.

Volviendo a las voces de la fauna, todas ellas tan conspicuas- resulta que mientras la Cultura Rural ha dado hasta una docena de palabras para distinguir los sonidos que parten de la garganta de los perros, gatos, ovejas y burros, casi todos los otros animales no domésticos carecen de términos que nombre su voz o sonido.

Que las voces espontáneas no cuenten con una palabra que los identifique claramente en nuestra lengua, es torpe carencia que podemos subsanar.

Una de las formas, inmediata y sencilla, sería ser consecuentes con este aforismo que escribí hace casi 20 años: “si los italianos hablan italiano, los mirlos *“mirlean”*”. De ahí que como mínimo debería ser aceptado por la Real Academia Española de la Lengua el que se pudiera convertir en verbo el nominativo que usamos para identificar a la especie. Lo que de inmediato crea el problema de no poder matizar el sonido de las especies concretas agrupadas en géneros que comparten obviamente la misma palabra. Así el *“aguilear”* no permitiría distinguir entre el raro e inapropiado pío del aguililla calzada del ronco –casi cloqueo, palabra que por cierto a veces se usa– de águilas imperiales y reales. O *“curruquear”* nos pondría en el laberinto de no separar entre si los sonidos del centenar de esas aves, todas ellas de bellísimo canto, que tenemos en el Viejo Mundo. En cualquier caso siempre cabe el recurso de apelar a la simplificación de decir que tal sonido es el canto de la curruca carrasqueña o de la tomillera. Pero mejor sería reunir para la totalidad de la familia a un término como el ya usado, ese *“curruquear”* que evidentemente comparten todas las especies.

Para el sonido que emiten las gaviotas – las del seguidor de mi programa de radio– aporté la siguiente propuesta: *“carcajear”*. Seguramente apropiada por aquello de que varios de los sonidos que emiten muchos de los componentes de la familia parecen risotadas. Otra propuesta, ahora destinada a nombrar el sonido que sale de las siringes del género de aves canoras que más cerca tiene un mayor número de personas, los gorriones, sería *“churrullean”*. O tantas otras que tal vez convenga ir proponiendo. En cualquier caso, que Quevedo llamara *“destilación de líquida armonía”* y San Juan de la Cruz *“soledad sonora”*, ambos al canto del roquero solitario y Gabriel de Bocángel *“florido azote del aire”* en general la música de las aves, puede ser un estímulo para que, además de graznidos, crotoreos, trisares, ululatos, zureos, gruídos, parpeos y ajeo, tengamos muchas más palabras para nombra a los lenguajes de los animales.

GRACIAS Y QUE LA VIDA OS ATALANTE.